
LOS CÍRCULOS DE PIEDRA



Joan Dahr Lambert

Hace ahora un millón de años, una mujer llamada Zena levantó sus manos al cielo en busca de ayuda y consuelo. Tras ella, muchas mujeres han invocado el nombre de Madre Tierra para que las ayudara en el duro oficio de ser madres además de esposas y preservar así la vida en nuestro planeta. Desde la sabana africana hasta las orillas del Mar Rojo y las estribaciones de los Pirineos, la historia de los seres humanos que a lo largo de los milenios han ido componiendo Los círculos de piedra nos habla de la vida de nuestros ancestros, de sus primeras experiencias con el lenguaje, del aprendizaje de nuevas fórmulas de convivencia entre macho y hembra y del esfuerzo que supuso luchar contra la prepotencia del más fuerte.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Los círculos de piedra](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

I

II

[Capítulo 2](#)

I

II

III

[Capítulo 3](#)

I

II

III

[Capítulo 4](#)

I

II

[Capítulo 5](#)

I

II

[Capítulo 6](#)

I

II

III

[Capítulo 7](#)

I

II

[Capítulo 8](#)

I

II

III

[Seguda parte](#)

[Capítulo 9](#)

I

II

[Capítulo 10](#)

I

II

[Capítulo 11](#)

I

II

[Capítulo 12](#)

I

II

III

[Capítulo 13](#)

I

II

III

[Capítulo 14](#)

I

II

[Capítulo 15](#)

I

II

III

[Capítulo 16](#)

I

II

[Capítulo 17](#)

I

II

[Capítulo 18](#)

I

II

[Tercera parte](#)

[Capítulo 19](#)

I

II

[Capítulo 20](#)

I

II

[Capítulo 21](#)

I

II

[Capítulo 22](#)

I

II

[Capítulo 23](#)

I

II

[Capítulo 24](#)

I

II

[Capítulo 25](#)

I

II

[Capítulo 26](#)

I

II

III

[Capítulo 27](#)

I

II

[Notas de la autora](#)

PRÓLOGO

Zena sujetó la mano de su hija para ayudarla a subir la empinada cuesta. El camino le resultaba tan familiar que no era consciente de estar realizando un esfuerzo. Centenares de veces había visitado la cueva sagrada donde hablaba a la diosa, la Madre de todos los seres vivientes. Sin embargo, para la joven Zena era una experiencia nueva y extraña.

Al cabo de un rato madre e hija llegaron a un saliente que se hallaba en la cima de la colina. Zena se detuvo, con los brazos extendidos, para saludar a la diosa. La joven Zena observó a su madre en silencio.

—Gran diosa, te traigo a mi hija, destinada a servirte pues también lleva el nombre de Zena. Ayúdala a aprender tus normas y acompáñala a lo largo de su vida. Transmítele tu sabiduría, tus conocimientos; guía su corazón y su mente en la tarea de conducir a nuestro pueblo. ¡Invocamos tu fuerza, oh Madre sagrada!

Zena aguardó hasta que sintió a la diosa penetrar en lo más profundo de su espíritu. Luego se volvió hacia su hija. La joven escuchaba con atención las palabras de su madre, pues sabía que no debía olvidar jamás lo que aprendiera aquel día en el lugar sagrado.

—Durante muchos años, más de los que alcanzo a recordar —dijo Zena—, hemos vivido en armonía con nuestros semejantes y con el entorno. Ello se debe a que hemos observado las enseñanzas de nuestra Madre, los principios de amor y paz. En cada tribu existía una mujer sabia que enseñaba las normas de nuestra sagrada Madre a su hija, o

a la hija de su hermana, y ésta, a su vez, las transmitía a la suya propia. Así ha venido sucediendo, hasta ahora, a lo largo de toda nuestra existencia.

»Algunas de esas mujeres sabias se llamaban Zena, como nosotras. Nuestra Madre nos encomienda a nosotras las más arduas tareas. La primera mujer sabia vivió hace mucho tiempo, antes de nuestra época. El amor hacia su pueblo, el dolor ante el hambre y el sufrimiento de nuestras gentes no era distinto del nuestro. La Zena que la siguió era capaz de ver más cosas que nadie con su imaginación, y cambió nuestro mundo en muchos aspectos. A través de ella, la gente llegó a conocer a la Madre, quien nos enseñó a vivir en paz.

»Después de ella vine yo, y ya conoces una parte de mi historia. Pero ahora debes conocer el resto; debes penetrar en mi corazón y mi mente, en el corazón y las mentes de otras mujeres que ostentaron el nombre de Zena, pues somos una misma persona aunque seamos distintas. Aquí, mientras aguardamos sobre la colina, la diosa te mostrará nuestras vidas a través de sus visiones. Sentirás nuestra alegría y nuestro sufrimiento, conocerás nuestros pensamientos, nuestros temores y nuestras dudas, verás y oirás todo lo que hemos visto y oído, hasta convertirte en nosotras mismas. Sólo de este modo cumplirás el destino que la diosa te reserva: mantener vivas las enseñanzas de nuestra Madre durante los tiempos difíciles que se avecinan.

»Ven, hija mía, a saludar a la diosa que nos llama. Asimila su sabiduría en tu mente, su fuerza en tu cuerpo y su amor en tu corazón. Siéntela en tu interior mientras te conduce al inicio de los tiempos para mostrarte a la primera mujer sabia que tuvo por nombre Zena. Ella, al igual que todas nosotras, te enseñará lo que debes hacer. Haz tuyas nuestras vidas, nuestros conocimientos y nuestras visiones, todo cuanto hemos experimentado, hasta que nos convirtamos en una parte de ti, en una parte de todas las Zenas

que existirán en el futuro, a fin de que el mundo no olvide jamás las normas y enseñanzas de nuestra Madre sagrada.

PRIMERA PARTE

EL GRAN RIFT VALLEY EN ÁFRICA, ENTRE UN MILLÓN Y
UN MILLÓN Y MEDIO DE AÑOS ATRÁS

Capítulo 1

I

El grito se propagó a través de la desierta sabana. Sobresaltada, Zena se agazapó a los pies de la vetusta acacia a fin de confundirse con el paisaje. Sus manos delataban su sufrimiento, pues no cesaba de frotarse el hinchado abdomen en un vano intento de aplacar las punzadas de hambre. Llevaba varios días sin comer.

El grito de alarma lo había proferido su madre, Tope, que se hallaba encaramada en el árbol. Tope gritó de nuevo y el segundo alarido hizo reaccionar a Zena, quien agarró una rama y trepó hasta la copa de la acacia donde se encontraba su madre. Al mirar hacia abajo vio que una hiena la observaba fijamente, mostrando sus fauces mientras un hilo de saliva se deslizaba por sus labios entreabiertos, dispuestos a devorarla. Zena sintió un escalofrío y se arrimó a su madre.

La hiena dio un salto y trató de encaramarse a la acacia. Tope la amenazó con la rama que sostenía, sin dejar de gritar. Cuando el animal saltó de nuevo, Tope le golpeó el morro. La hiena retrocedió entre gemidos y se alejó apresuradamente. Tope la observó hasta que hubo desaparecido.

Zena permaneció atenta a la escena hasta que, debido al agotamiento, sus párpados empezaron a cerrarse. Entonces abrió de nuevo los ojos, temerosa de caer dormida, y contempló el polvoriento horizonte. El calor le nublabla un poco la vista, pero no detectó ningún movimiento, ninguna señal de vida en la tierra pardusca y cuarteada que se extendía ante ella. Antiguamente la estepa aparecía cubierta por gigantescas manadas de animales y kilómetros de pas-

tos, pero Zena lo ignoraba. Lo único que había visto era algún que otro árbol con sus desnudas ramas elevadas hacia el firmamento como en actitud de súplica y montones de huesos resecos por la acción del sol, un mudo testimonio del poder de la sequía.

De pronto una rama se partió junto a ella, y Zena se sobresaltó. Pero al alzar la vista comprobó que se trataba de su madre, que descendía del árbol con su hijito en los brazos, un bebé de ojos enormes y rostro diminuto.

Tras ordenar a Zena que la siguiera, Tope se dirigió hacia el lecho de un arroyo que había divisado a lo lejos. Lo único que quedaba del arroyo que en otros tiempos serpenteaba a través de la hierba era una profunda grieta sembrada de piedrecitas. Estaba seco, pero a veces debajo de la superficie de esos arroyos encontraban un poco de agua. Tope sabía que sin agua era imposible sobrevivir.

Zena, extenuada debido al hambre, la sed y el calor, no respondió a la llamada de su madre. Tope se volvió y le ordenó de nuevo que la siguiera, un ejercicio que fue repitiendo cada pocos metros. Al fin, al comprobar que su hija permanecía encaramada en el árbol, Tope hizo uso de aquel tono perentorio que la pequeña conocía bien desde que había nacido, seis años atrás. Zena reaccionó. Entre sollozos, bajó del árbol y siguió a Tope.

A medida que Tope escarbaba en el lecho del arroyo, se iba formando un pequeño charco de agua. Zena, imitando a su madre, consiguió tras muchos esfuerzos beber unos sorbos de agua turbia, los suficientes para calmar por el momento su sed.

El resto del día Tope siguió avanzando incansablemente hacia el oeste, guiada por una intuición en la que creía a ciegas. Mientras caminaba, sus ojos hundidos, protegidos del resplandor del sol por una frente protuberante, recorrían el árido paisaje al tiempo que su sensible olfato trataba de detectar algún aroma. Zena imitó a su madre, pero no había nada que ver salvo el fulgor del sol y nada que

oler salvo la sequedad del ambiente. La pequeña se lamió los brazos en un intento de sorber unas gotas de sudor, pero sólo consiguió llenarse la boca de polvo y tierra.

De improviso Tope se abalanzó sobre un pequeño lagarto que se había cruzado en el camino, lo atrapó y lo devoró en un instante. Desconcertado por el brusco movimiento de su madre, el hijito rompió a llorar. Tope lo estrechó contra sus flácidos pechos para que el bebé mamara, pero apenas le quedaba leche y el pequeño continuó llorando.

Al cabo de unos minutos Tope percibió un ruido y se detuvo en seco. Un gigantesco macho la estaba siguiendo, sus pasos sofocados por el seco terreno y los berridos del bebé. Tope lo observó con recelo. No se fiaba de los machos desconocidos. En una ocasión había visto a un macho arrebatarse a un bebé de los brazos de su madre y estamparlo contra el suelo; la escena se le había quedado grabada en la mente.

Zena se ocultó detrás de su madre y observó con temor al intruso. Rara vez tenía ocasión de ver a seres parecidos a ella. Su grupo se había dispersado hacía mucho tiempo, pues en aquella zona afligida por la sequía no había suficiente comida ni agua para todos ellos. El extraño le inspiraba temor. Era casi dos veces más alto que su madre, tenía unos hombros descomunales y su mandíbula y torso estaban cubiertos de pelo negro.

El macho extendió la mano como si quisiera agarrar al bebé. Zena lanzó un grito y retrocedió unos pasos, pero Tope no se inmutó. Estrechando al bebé con fuerza entre sus brazos, se dio media vuelta y presentó su trasero al extraño. El macho la olfateó y extendió de nuevo su musculoso brazo para arrebatarse al bebé. Tope le gritó y volvió a ofrecerle el trasero. El macho la montó y empezó a moverse y a gemir de placer, al igual que Tope. Cuando hubo terminado, el macho se alejó tranquilamente.

Tope esperó hasta cerciorarse de que el intruso no volvería a seguirla y echó a andar de nuevo hacia el oeste. Los débiles rayos de sol que iluminaban el horizonte anunciaban que pronto oscurecería, y Tope estaba ansiosa por hallar un lugar seguro donde pasar la noche. Pero no vio ni una peña ni un árbol que le ofreciera refugio; sólo encontró unos arbustos cuyas ramas habían sido despojadas de los frutos que solían constituir un opíparo festín anual para Tope y el resto de su grupo. No obstante, las desnudas ramas proporcionaban cierta protección contra los depredadores que rondaban de noche por aquel paraje.

Zena se instaló junto a su madre debajo de los arbustos, nerviosa y asustada. Al poco rato se hizo de noche. La densa oscuridad impedía a Zena distinguir siquiera la silueta de su mano. La pequeña permaneció alerta, tratando de percibir algún sonido sospechoso o unas sigilosas pisadas que la obligaran a emprender la huida. Pero no apareció ningún león ni ningún tigre, y al cabo de unas horas amaneció de nuevo.

En cuanto empezó a clarear, Tope salió de su escondrijo y echó a andar de nuevo. Zena siguió a su madre con pasos torpes, pues tenía las piernas entumecidas y la garganta tan seca que apenas podía respirar. De repente tropezó y cayó de rodillas. Tope la agarró del brazo para ayudarla a incorporarse, pero no lo consiguió y siguió avanzando. Al cabo de un rato Tope llegó a un pequeño terraplén.

Tras trepar por él, Tope se volvió, sosteniendo a su hijito entre los brazos, y llamó a Zena. Al oír el excitado tono de voz de su madre, Zena alzó la cabeza. Tope le indicó que se acercara. Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, la niña se puso en pie y obedeció a su madre. Cuando alcanzó la cima del terraplén, contempló asombrada un viejo lago en cuyo centro había un pequeño charco de agua.

Pese a la acuciante sed que sentían, madre e hija dudaron unos segundos. Tiempo atrás, los azules lagos de la sa-

bana relucían bajo el sol y proporcionaban agua a todas las criaturas que habitaban aquella zona, aunque ni Tope ni Zena recordaban esos tiempos de esplendor. Para ellas, los secos lagos significaban tan sólo la muerte. Sus vastas y agrietadas superficies estaban sembradas de huesos de animales que habían muerto en un último y desesperado intento de aplacar su sed. El deseo de beber podía resultar fatal. Los depredadores acechaban tras los matorrales, dispuestos a precipitarse sobre los incautos que se acercaran al lago a beber. Sin embargo, también corrían un gran riesgo: atraídos por la perspectiva de darse un banquete, tanto el cazador como su presa caían con frecuencia en las aguas pantanosas que circundaban el lago.

Tope se acercó con cautela al lago seguida por Zena, deseosa de beber. Pero cuando ésta empezó a hundirse en el lodo se agarró al brazo de su madre, gimiendo de temor. Tope retrocedió unos pasos, arrastrando consigo a su hija. Sus oscuros ojos escrutaron la húmeda tierra y el charco de agua que había en el centro del lago. Luego entregó el bebé a Zena y empezó a escarbar el lodo con sus fuertes dedos. Cuando brotó a la superficie un agua de color pardusco, madre e hija se arrodillaron para beber.

Tras aplacar su sed, Tope escarbó a mayor profundidad primero en un extremo del lago y luego en otro, ayudándose de una rama. De pronto había recordado la imagen de su propia madre realizando la misma operación. Con una mueca en el rostro, Tope metió la mano en uno de los orificios y extrajo unos objetos duros. A continuación los golpeó con una piedra hasta partir el cascarón y se apresuró a engullir el contenido blando y carnoso.

Zena olfateó prudentemente los curiosos objetos que le entregaba su madre; despedían un olor extraño, pero apetitoso. Estaba tan famélica que incluso le dolía la barriga. Tras devolver el bebé a Tope, Zena comenzó a devorar los mejillones hasta que logró mitigar el hambre. Luego cogió una rama y removió el lodo en busca de más comida. Al fin,

tras haber conseguido por primera vez en varios meses saciar el apetito y aplacar la sed, Tope y Zena reanudaron su camino.

Durante las semanas siguientes no tuvieron tanta suerte. Cada día representaba un esfuerzo por sobrevivir, por hallar la suficiente comida para mantenerse en pie y el agua suficiente para mantener alejado el delirio que provoca la deshidratación. Las noches eran todavía más duras. Con frecuencia, Tope y su hija pasaban las largas horas nocturnas acurrucadas en un hoyo poco profundo, sin apenas pegar ojo, siempre pendientes de cada ruido que percibían.

Poco a poco, a medida que avanzaban hacia el oeste, el terreno empezó a cambiar. El suelo estaba sembrado de piedras y la llanura daba paso a unas lomas. Desesperada por hallar un lugar que les ofreciera el medio de subsistir, algún tipo de alimento y refugio por las noches, Tope trepaba hasta la cima de cada loma para examinar el paisaje que se abría a sus pies. Al fin, una tarde su perseverancia se vio recompensada. Desde lo alto de una loma Tope divisó unos peñascos lo suficientemente grandes para ofrecerles cobijo; más allá, una pendiente conducía hasta el lecho de un viejo río, donde Tope supuso que hallarían comida. A lo lejos, divisó la tenue silueta de unas montañas. De forma instintiva Tope comprendió que donde había montañas debía haber agua. Y donde había agua había vida.

Entusiasmada por el descubrimiento, Tope echó a correr. Pero al aproximarse a las peñas redujo el paso, manteniendo a Zena a sus espaldas, y echó un vistazo a su alrededor. Tope sabía que en estos lugares rocosos habitaban numerosos depredadores. Al fin, tras comprobar que no les acechaba ningún peligro inmediato, se acercó con cautela y olisqueó las piedras. Su olfato le indicaba a qué clase de animal pertenecía un determinado olor, y si éste representaba un peligro.

Al acercarse a dos peñas, Tope notó que la atmósfera estaba impregnada de un olor fuerte y penetrante y retro-